

APUNTES EN TORNO A *EL PELO DE CHILE Y OTROS TEXTOS HUACHOS*, DE SONIA MONTECINO

Rodrigo Cánovas
Pontificia Universidad Católica de Chile
rcanovas@uc.cl

Lo primero que me ha sorprendido en este libro es la gran variedad de materias que comenta, acudiéndose a fuentes orales, a los *mass media*, la alta cultura, a materiales encontrados por azar o buscados incansablemente en bibliotecas y archivos¹. La cultura es un bazar y todos los objetos y decires tienen un mismo valor. Se lee para aprender y compartir; se escribe para dialogar y confrontar experiencias; se ensayan libremente distintas formas, que permiten que el lector entre en materia con comodidad y contento: viñetas, cartas, cuadros pintoresquistas; pero también trabajos panorámicos, que sintetizan muchas lecturas y ensayos científico-sociales, siempre diseñados con claridad, pensando en sumar públicos y no en restarlos.

Comparando este libro con los anteriores de esta antropóloga, éste se instala con propiedad en el ámbito del magma que sostiene las límpidas estructuras más visibles de su quehacer escritural. El cordón que los une a todos, además de las temáticas sobre la mujer, trenzadas desde el lenguaje, la etnia y el género, es su escritura metafórica, que se exhibe en imágenes, completando nuestras existencias con su figuración estética. Una artesana de la palabra y, además, una intelectual que tiene la generosidad de compartir sus lecturas, de fichar lo pequeño y lo gigante. Y sobre todo, una dadora de citas, que es como regalar secretos para bien vivir. Así, por ejemplo, cada capítulo y sección cuenta con un epígrafe de Gabriela Mistral, otorgándonos un breviario de su pensamiento. Son como estampitas que nos van acompañando, constituyendo un verdadero álbum, el cual se complementa con otras citas dispuestas en el desarrollo de los ensayos. Copiemos una: “Yo no creo en el Parlamento de las mujeres, porque tampoco creo en el de los hombres”; “yo oiría con gusto a una delegada de las costureras, de las maestras primarias, de cada una de las obreras de calzado o de tejidos hablar de lo suyo en legítimo. Pero me guardaría bien de dar mi tiempo a la líder sin

¹ Sonia Montecino Aguirre. *El pelo de Chile y otros textos huachos*. Santiago: Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio. Subdirección de Investigación, 2020.

oficio, que representa al vacío como el diputado actual, y en cuya fraseología vaga no se caza presa alguna de concepto ni interés definido” (191).

El índice de este texto nos propone cuatro entradas: las cocinas y sus ecos (la olla deleitosa), las mujeres y el género (nacer siendo mujer o autogestarse), sobre libros y artes (la celebración de la lectura) y la imagen en el espejo (dónde nos ubicamos en el entramado social: de qué pelo somos). Lo cierto y también lo mágico es que estas áreas se van imbricando y retroalimentando, forjando un tejido que constituye la vida entera, leída en la palabra, en la imagen y en los mitos que las envuelven. A continuación, iré hojeando para ustedes este volumen, eligiendo de cada sección de modo bastante azaroso, algunas ideas e impresiones.

El espacio de las cocinas se abre como un lugar utópico, de una conversación distendida y lúdica, cual plaza pública: “Las cocinas anidan la capacidad de convocarnos, de reunirnos, y las manos que hacen vivir las recetas (las técnicas) son simultáneamente universales y únicas, y allí podemos alojar las esperanzas de un proyecto culinario colectivo que converse con el mundo en una morada común” (137).

Una pregunta inquietante y que revela nuestras inseguridades culturales es si se puede hablar genuinamente de una cocina chilena. En realidad, como lo aclara la autora, no se trata de averiguar si desde el origen nosotros hemos estado comiendo porotos con papas; sino si a nivel familiar y en nuestras respectivas localidades hemos gozado de una variante, de un sabor diferente, que nos hace únicos. No hay una cerámica estrictamente mexicana, sino una de cada lugar, moldeada según color, textura, tipo de horno y caricias musitadas en distintas lenguas indígenas barajadas con la castellana. Y así también, en nuestro Reino de Chile, no existirá la verdadera cazuela, sino muchas, como por ejemplo, la que le lleva cochayuyo, en su versión huilliche; o la osornina de cholguas con papas, choclo y repollo picado fino y por supuesto, también, la cazuela (maulina) con carne de vacuno o de ave, con papas, zapallo, porotos verdes y choclo.

Espíritu inquieto, nuestra antropóloga entra y sale naturalmente de casas, patios, rukas, ferias locales e internacionales y conversa con los autores y autoras de las comidas, interroga y prueba con la paleta de madera correspondiente, para júbilo de las caseras. Es la maravillosa práctica de la sociabilidad, el diálogo abierto comunitario, que va y viene de lo local a lo global, otorgando una mirada en 360° grados sobre nuestros usos y costumbres. Así, pasamos de una casa catalana a la Expo de Milán, de la cocina de la señora Nadia en Maicolpué a un restaurante limeño de fina estampa, para recalar luego en la Feria del Libro Usado en Quilpué, donde los escritores están ubicados cada uno en un carrito de comida, preparando un plato de su especialidad: Patricio Manns luciéndose con un ceviche mexicano a la tequila y Poli Délano, con un carpacho de salmón. Ahora bien, estos paseos aparecen dispuestos ante nosotros en viñetas, artículos, hojas de divulgación, constituyendo artefactos, algo así como entremeses que se intercalan con otros platos mayores, más pretenciosos, con rango

de especialización, también muy valiosos, por cierto, pues se instalan de lleno en el debate conceptual e ideológico sobre relaciones de poder más visibles.

Además de la celebración de lo cotidiano, en un valioso trabajo de campo practicado desde la itinerancia, quiero poner énfasis en la labor de recopilación y difusión de textos dedicados a la cocina: se suman aquí incontables reseñas de libros de cocina de variada índole, a saber: recetas de comidas chillanejas y chilotas; de cómo hacen el pan en la colonia gallega, las nuevas apuestas culinarias en rapa nui y, cosa importante, el rescate de recetarios chilenos del siglo XIX. Aprendemos que hay un libro de seis volúmenes dedicado a las cocinas regionales del Perú, por lo cual no es extraño que en ese país hermano exista un Museo de la Comida.

La sección dedicada a las mujeres está presidida, según mi lectura, por tres madres tutelares: la Mistral y en el siguiente escalón, en afectuoso y competitivo diálogo, Margot Loyola y Violeta Parra. Sonia las lee, las escucha, las estudia con atención, apelando así a una sensibilidad chilena que le otorga una entrada de lectura genuina para leer el mundo de las mujeres en la sociedad contemporánea. Además de estas figuras emblemáticas, esta sección incluye valiosos panoramas sobre las relaciones de género en Chile en el siglo XX, centrándose en los tránsitos de la mujer desde la casa (su ser doméstico) a la calle (la fábrica, la enseñanza, la salud, el servicio social) y señalando los caminos recorridos por los feminismos, marcados por Amanda Labarca, Elena Caffarena y Julieta Kirkwood. En este ámbito conceptual, se discuten paradojas y contradicciones, como la dispuesta entre la igualdad (ser como los hombres) y la diferencia (ser iguales, pero como las mujeres); pues si ellas aspiran a ser diferentes entonces lo corriente es pensar en la maternidad y en la domesticidad, lo cual conlleva un grave menoscabo y una clara subordinación en el estatuto social, económico y político.

Un aparte, que acaso tiene que ver con un aspecto algo traspapelado en el debate sobre la familia y la relación entre hombres y mujeres: el matriarcado. El esposo sumiso que transita en casa como gato mojado, pronto a darse una vueltecita por la cuadra para despejarse, su voz algo apagada ante sus hijos, son materias comprobables y que no sé cómo se resuelven en el ámbito ideológico y emocional. De modo muy cauto, he dispuesto esta inquietud ante hijas, sobrinas y alumnas y tengo la impresión de que es una pregunta que no es prioritaria en el presente, pero que se abordará más adelante; o quizás las nuevas generaciones ya lo están superando en la convivencia cotidiana.

En esta sección me sentí atraído por el recuento que se realiza sobre la primera postulación del binomio “madres y huachos”. Desde el polo femenino, surge la figura mariana, en calidad de rosa sin espinas, rosa espiritual sanadora. Y en su marca mestiza, superpuesta a esa imagen, aparece la pasiflora, nativa de América, conocida como la pasionaria o “fruta de la pasión”, utilizada en la medicina popular como ansiolítico, alcaloide, diurético y anticonceptivo. Desde el polo masculino, la palabra *huacho* aparece extendida en el término *guacharaje*, escuchada a Práxedes Caro en Quinchamalí, mientras ésta pulía una guitarrera, figura sostenida en la siguiente leyenda: una

cantora, una vez abandonada por su hombre, toma su guitarra y se echa a andar por los caminos hasta convertirse en piedra. La imagen de la guitarrera, como representación de una mujer de loza negra como la piedra que lleva una guitarra acunada como si se tratara de un niño. Es esa mujer la que pare a Violeta y Margot.

Sonia Montecino nos guarda un tesoro: más de cien horas de conversaciones grabadas con Margot Loyola, aquella que confiesa haber leído a Freud para pasar sus penas —y aquí falta por escribir la “cueca vienesa”, no de las cecinas sino la de Viena de la *Belle Epoque*—, y que baila por todas sus amigas, no sólo las engañadas, sino también por la picaronas. Como si naciera de nuevo en cada lugar que visita, los lugareños juegan con su nombre, llamándola Margosa al interior de Arica, Maiga en los campos, Margarita en Chiloé, la Marcoyola en Isla de Pascua y la Margó en los pueblos. Mujer de pelo liso y voz cuidada, es distinta a Violeta, más pelo duro, que tiene los pies fuera de la academia de música. Escuchar partes de estas conversaciones constituye un deleite: son hojas de vida, que una mujer traspasa a la siguiente generación, como un precioso legado. Escuchemos, por ejemplo, cómo se presenta la relación de este dúo dinámico conformado por Violeta y Margo: “‘Violeta tenía su verdad y yo la mía -continuaba Margot-, pero nos unía que ambas verdades venían del pueblo, nos dolía el pueblo. Éramos diferentes en el canto, a ella no le gustaba mi voz porque era muy hermosa y formada en el rigor de la academia, eso no le gustaba, pero yo le decía: Prefiero tener esa voz, a mí me gusta que corra la voz, que se sienta, yo me libero en el canto y a usted le duele el canto’. Violeta le dijo: ‘Acá en París usted no llegará a ningún lado con esa voz’”) (214-215).

Junto a este ensayo sobre Margot, Violeta es presentada desde los roles que se asigna como mujer en sus canciones: la eterna mariana en el cantar de “Hace falta un guerrillero”, donde aparece eternamente preñada de un redentor que volverá a resucitar; y la abandonada, en la canción “Maldito el alto cielo”, donde se cura del mal de amor acudiendo al saber ancestral sobre las propiedades de las plantas y las floras, cual curandera, machi y meica.

Mención especial es la variante masculina: el hombre que abandona, en este caso, el Gringo Gilbert, nominado como Run Run, quien se fue pa'l norte. En fino trazado, como estirando el hilito, nuestra antropóloga anota: “el nombre propio alude a un juguete tradicional latinoamericano que consiste en unos hilos y un botón que emite sonidos, y a un pájaro chileno (*Hymenops perspicillatus andinus*) que habita desde Atacama a Chiloé y vive en las orillas de los ríos ...; como verbo alude a ‘hacer correr un murmullo’ y a ‘susurro’, a una noticia no confirmada. Juguete, pájaro y sonido se acoplan entonces en este nominar Run run a esa imagen masculina del desplazamiento, de la búsqueda existencial y del abandono” (293).

Como apéndice, anoto aquí, la versión que nos propone Ángel Parra, apodado Violetón, sobre este abandono y su supuesto trágico efecto: “para Gilbert fueron años de formación, de escuela de crecimiento como ser humano y, como todos los estudiantes,

cuando se recibió, con el diploma en la mano, se fue. Al comienzo no lo lució en la oficina del alma, con el tiempo se enorgulleció” —en su *Violeta se fue a los cielos* (Santiago: Catalonia, 2013: 23). Párrafo misterioso, que tanto absuelve como critica los gestos de este Gringo. En fin, las canciones de la Violeta, en cuando variantes del mito de los orígenes del amor chileno, nos seguirán acompañando por siempre.

La siguiente sección, denominada “De Libros y Artes” reúne presentaciones de libros de muy variada índole y de exposiciones de arte plástico y de fotografías, que van desde estudios sobre la faena de la uva, el salmón y el cobre, hasta la cosmovisión estelar en los mapuches. Esta actividad de comunicación y diálogo americano, en realidad, atraviesa todo este volumen, como ya hemos visto con la cocina chilena y las mujeres; un fichaje amplio que genera una red de asociaciones que conjuga diversos saberes desde una letra culta con sabor coloquial. Y siendo escritora -creadora de novelas y autoficciones- no me extraña que la literatura sea un espacio privilegiado para despejar las imágenes identitarias de nuestro país. Así, el repaso que se realiza sobre los relatos, poemas y testimonios sobre Rapa Nui son de singular interés; en especial el estudio de los poemarios de Pablo Neruda —tres poemas incluidos en su *Canto general*, más *La rosa separada*—, que constituye una joya de análisis semiótico e histórico, en cuanto no sólo se analizan sus poemas; sino que se privilegia su recepción por parte de los rapanui, que desconfigura al Poeta. En efecto, quien feminiza esta Isla exhibiéndola como una “rosa de purificación”, guardando silencio sobre la historia de explotación de los seres de carne y hueso (cosa que no hace en *Alturas de Machu Pichu*) es canibalizado de un modo práctico por las rosas rapanui, quienes han hecho circular la figura de nuestro Poeta como mercancía, integrándolo como viajero ilustre. El buen Neruda, una moneda da cambio para los pascuenses y, más aún, para completar la operación, hasta traducido gracias a la colaboración de la isleña Betty Haoa.

Sonia nos hace estar alertas poniendo oído a respiraciones y olores. Leyendo sus anotaciones sobre una conferencia acerca de la antropología de los olores dada por el francés Joël Candau, establece espontáneamente todo tipo de relaciones lingüísticas; en efecto, recordemos que algo malo es como el ajo. Con ella uno se entretiene, porque se le empiezan a ocurrir cosas, a realizar asociaciones que nos permite visibilizar prejuicios y emociones. Así, ¿será verdad que los coreanos huelen siempre, literalmente, a ajo, como vociferaron los socios de la Piscina Mundt, prohibiéndoles la entrada? ¿A qué olemos nosotros? Ahora recuerdo que una amiga coreana, estudiosa de la obra de Jorge Luis Borges, me indicó una vez que siempre cuando entraba a un ascensor estaba a punto de vomitar por los perfumes que usábamos los chilenos; me insistió, que no era por el olor de nuestros cuerpos, sino por el perfume...

Antes de referirme al ensayo “El pelo de Chile” (incluido en la última sección de este volumen, en la que se sigue adivinando el disfraz de nosotros mismos), es necesario mencionar el gesto cultural de integrar a nuestro relato histórico el registro mítico, que marca nuestra localidad: el fantasma de la escasez vivido desde el relato

huilliche de Canilo y la catástrofe cósmica, los desvelos utópicos a la búsqueda de la cabeza de Inkarrí, para recuperar nuevamente la unidad de un cuerpo desmembrado; la explosión social, donde —como en el sueño del pongo— ricos y pobres se refriegan lamiendo miel y excremento. No sólo de los griegos vivimos nosotros los americanos.

¿De qué pelo es usted? Tempranamente en nuestro Reino, hay una descripción precisa de la fisonomía y los cabellos de los llamados araucanos; así Ovalle registra en ellos “el pelo oscuro y tieso, lo lampiño de la cara, la preocupación por el aseo del cabello, el tener o no barba y bigote” (406). Lo cierto es que en los pueblos que nos conforman —por ejemplo, rapu y mapuche— el pelo se asocia al poder y en el caso de la chilenidad, a las diferencias de clase y de color de piel. Con gran humor, como riéndonos de nosotros mismos, Sonia diseña el mapa de nuestra República desde la recreación del habla coloquial, donde aparecen los que tienen pelos (es decir, linaje), los de medio pelaje (que quieren aparentar más de lo que son) y los pelientos, de baja ralea. Como sabemos, hay un mar de derivaciones: las pelolais, las que no tienen pelos en la lengua, las pelo duro, tomar el pelo o cuando la cosa se pone peluda.

Evoco aquí la primera novela chilena, *Martín Rivas*, de 1862, con ese personaje inolvidable que representa la meritocracia y que debe decidir hacia dónde transitar: ¿al salón del ricachón don Dámaso Encina donde está Leonor tocando una pieza de piano y se paladean confituras de albaricoque?; ¿o al picholeo, donde se baila la zamacueca y la viuda dueña de casa, doña Bernarda Molina, se raja con un chanchito arrollado, pescado frito con ensalada y una fuente de aceitunas, obsequio de una monja de las Agustinas, además de invitar a probar la cosecha baya de García Pica, dispuesta en jarro? Martín elige la alta alcurnia, con la esperanza de elevar el estándar moral de la casa de los ricos; mientras que el picholeo queda a la deriva, sin un salvador a la vista. La casa de doña Bernarda es el espacio del medio pelo, que lleva el alma plebeya escondida, que quiere subir de pelo, sin la capacidad de luchar por su sustrato de fiesta y goce perdurables. De paso, la baja ralea no merece representación en esta novela, salvo señalar a un par de insolentes y *malagestados* vendedores de calzado en la Plaza de Armas que lo tratan de *futre* pobre, y una vieja y roñosa empleada de servicio de la casa de doña Bernarda.

Cuando uno lee los escritos de Sonia Montecino, emprende una aventura por su propia biografía y la hace comunitaria. Al fundar el saber en lo cotidiano y al poner atención en el habla común y en los mitos, que son los sueños comunitarios, nos devuelve conjuntamente a las cosas de reír y de llorar de la vida. Esto me trae a la memoria los versos de Gonzalo de Berceo, que hacia el siglo XIII, acercándose al espíritu de los trovadores, escribe en la lengua de todos, dejando de lado el latín, pidiendo al público como recompensa por su trabajo no monedas sino un buen vaso de vino de la Rioja. Recordemos estos versos, antaño recitados en el colegio: “Quiero fer una prosa en román paladino / en qual suele el pueblo fablar con so vecino, / ca non so tan letrado por fer otro latino, / bien valdrá, como creo, un vaso de bon vino”. ¡Salud!